

COMO LEER LOS EVANGELIOS

Antes de analizar el texto de Mc 3, 1-16 queremos proponerles este artículo del Cardenal Carlo María Martini como un elemento de profundización.

El método desarrollado por la tradición cristiana para la lectura de la Biblia se llama "lectio divina" o "lectura de la Palabra de Dios en diálogo con Dios". No solo porque el texto es Palabra de Dios, sino porque es una lectura entre dos: el que lee y el Espíritu del Resucitado. El Espíritu nos hace descubrir en el texto la persona de Jesús, para encontrarlo y experimentarlo como el "Señor" de nuestra vida.

La "lectio divina" busca que la lectura se convierta en oración y transforme la vida. Comprende cuatro momentos: **1º lectura, 2º meditación, 3º Oración y 4º contemplación.** Hacerlo desordenadamente lleva a una lectura estéril.

1º LA LECTURA SUBRAYADA

Hay que tener a mano un lápiz y abrir el Evangelio. Importante, porque se lee con el lápiz ino solo con los ojos! "Lectura" quiere decir leer y releer el texto subrayando las cosas importantes.

Se subrayan los verbos, ojalá en rojo, se encuadra el sujeto principal. Con una crucecita o círculo se llama la atención de palabras que "golpean". Donde no hay claridad se pone un punto de interrogación. Un subrayado doble puede indicar el punto central. Lo importante es resaltar bien las acciones, el ambiente, el sujeto activo y el que recibe la acción. Así descubrimos elementos que en una primera lectura se habían escapado,



encontraremos cosas que no esperábamos, aunque creíamos saber el relato "memoria".

Podemos prolongar la "lectura" recordando relatos similares de la Biblia, buscar en las notas puede ayudarnos. Un hecho similar al leído en qué otro Evangelio está? La insistencia de Jesús ya estaba en el Antiguo Testamento? Dónde? Pablo la retoma en alguna carta? Se buscan esos textos, se confrontan, se notan semejanzas y diferencias. Todo esto ayuda a comprender mejor lo que estamos leyendo.

2-LA MEDITACIÓN

Después se pasa a la meditación, reflexión sobre lo que el texto nos quiere decir, sentimientos y valores permanentes del texto. Se buscan juicios y propuestas de valores, explícitos e implícitos, en palabras, comportamientos y acciones.

Se hace preguntando: ¿Cómo se han comportado los personajes? ¿Cuál ha sido su comporta-



miento frente a Jesús? Cuáles los sentimientos de Jesús con ellos? Por qué dijeron esas palabras? Qué sentido tienen esos gestos?



Así comienzan a surgir sentimientos y valores importantes y centrales: Sentimientos humanos: temor, alegría, esperanza y los opuestos, miedo, duda, soledad.

Comportamientos de Dios hacia nosotros: bondad, perdón, misericordia, paciencia. Esta reflexión sobre sentimientos y valores se convierte en fuente de confrontación con la situación y la experiencia del que lee: Con

cuál personajes me identifico? Con Zaqueo y el deseo de de ver al Señor? Con la necesidad de salvación de la Magdalena? Pido ayuda como el padre del epiléptico? O me parezco a aquel que se cree justo, al que no acoge a Jesús, al que lo invita para criticarlo y para examinarlo? Recibo el perdón de Dios? Me da miedo lo que dice Jesús porque me incomoda y me obliga a cambiar algo en la vida?

La meditación no es el fin en sí misma, tiende a hacernos entrar en diálogo con Jesús, a convertirse en oración.

3-LA ORACIÓN

A partir del hecho narrado se va revelando gradualmente la presencia del Señor, intuimos que esas palabras son una invitación. La oración comienza a involucrar-



nos. Entramos en el ambiente religioso que el texto evoca y suscita: alabanza a Dios por su grandeza y bondad hacia nosotros; agradecimiento, petición, perdón porque de frente a los valores del relato evangélico nos encontramos vacíos. Pedimos poder ser coherentes con las indicaciones de Jesús. Expresamos fe, esperanza y amor. La oración se extiende y se convierte en oración por los amigos, la comunidad, la Iglesia, por todos los hombres y las mujeres del mundo.

4-LA CONTEMPLACIÓN

La contemplación es simple. Cuando se ora y se ama mucho, las palabras sobran y no se piensa mucho en los detalles del relato leído o en lo comprendido. Se siente la necesidad de mirar solo a Jesús, de dejarse alcanzar por su misterio, reposar en él, amarlo como al más grande amigo del mundo, acoger su amor por nosotros.

Es la intuición, profunda e inexplicable, de que más allá de palabras, de signos, del hecho relatado, de cosas entendidas, de valores, hay algo más grande. Es la intuición del Reino de Dios dentro de cada uno, la certeza de haber tocado a Jesús.

Así, la lectura divina del Evangelio, con sus momentos, no es solamente una "Escuela de Oración", sino una escuela de vida. Porque al experimentar a Jesús como salvador y liberador cambian inevitablemente la vida, los juicios, los criterios, y llegamos a confesar que él es el Señor de nuestra historia y de la historia de todos los hombres y mujeres, que es el Señor del mundo.

